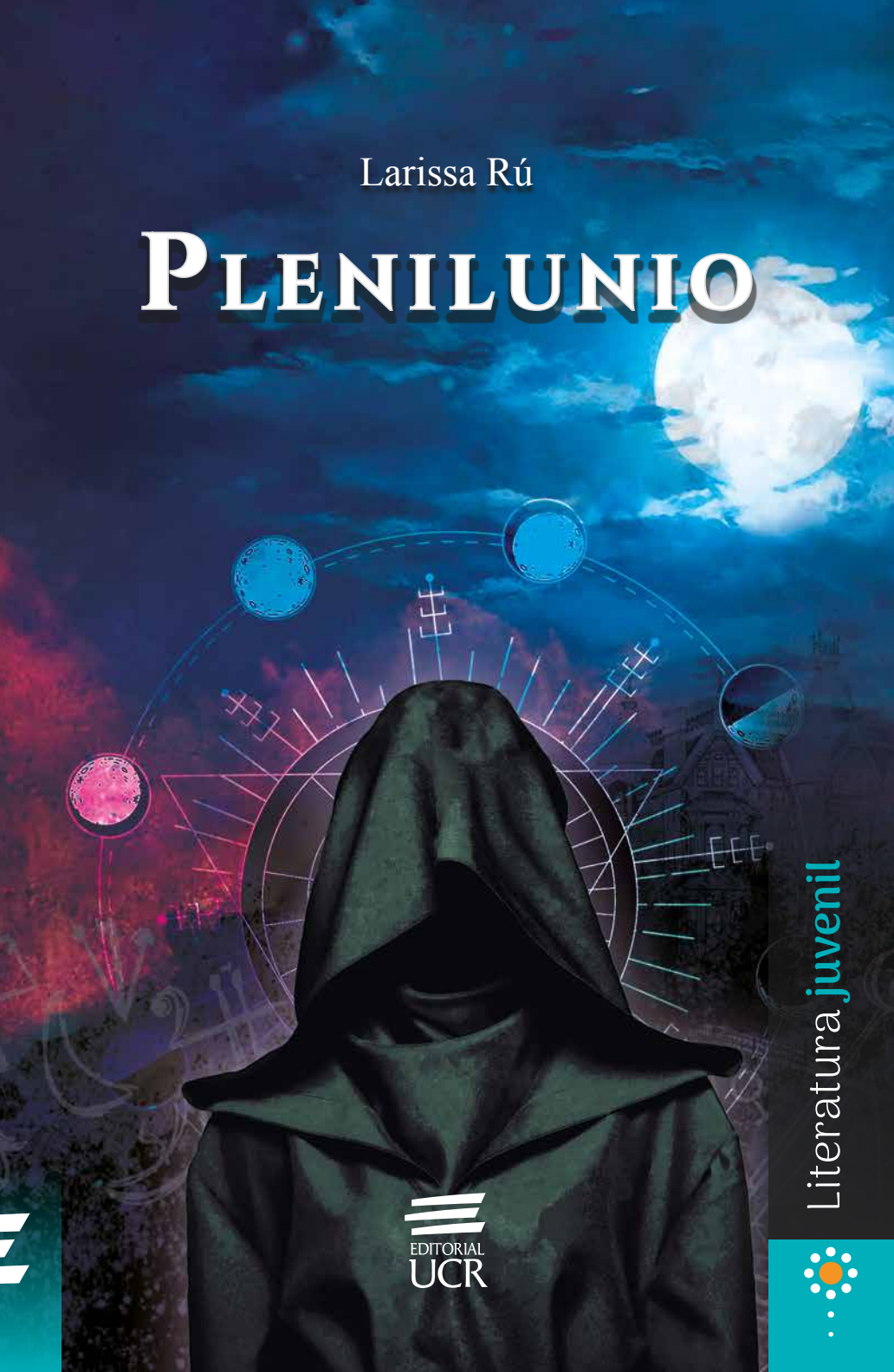


Larissa Rú

PLENILUNIO




EDITORIAL
UCR

Literatura juvenil



Larissa Rú

PLENILUNIO




EDITORIAL
UCR
2021

Literatura juvenil





CR863.5

R894p

Rú, Larissa

Plenilunio / Larissa Rú. – Primera edición. –
San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2021.

xi, 283 páginas : ilustración en blanco, negro y
gris. – (Literatura juvenil)

ISBN 978-9968-46-887-9

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERA-
TURA COSTARRICENSE. I. Título. II. Serie.

CIP/3547

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2021.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *María Villalobos Ch.* • Revisión de pruebas: *Ariana Alpízar L.*
Diseño: *Oscar Sánchez C.* y *Gretel Calderón A.* • Diagramación y control de calidad: *Raquel Fernández C.*
Diseño de portada: *Abraham Ugarte S.* • Ilustración de portada: "*Vista frontal de la mujer en traje de la muerte*
gesturing aislado en gris", tomado de: *Depositphotos.com, VitalikRadko.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: febrero, 2021.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

CONTENIDO

LVNA CORNICVLARIS

El guardián	1
-----------------------	---

LVNA DIMIDIATA

El doctor	23
---------------------	----

LVNA IN ORBEM INSINVATA

La bruja	45
--------------------	----

PLENILVNIVM

El mapa	67
-------------------	----

LVNA IN ORBEM INSINVATA

La constelación	89
---------------------------	----

LVNA DIMIDIATA

El cristal	113
----------------------	-----

LVNA CORNICVLARIS

El elixir.	141
--------------------	-----

NOVILVNIVM

Los huesos.	169
---------------------	-----

LVNA CORNICVLARIS

La mascarada.	195
-----------------------	-----

LVNA DIMIDIATA

El fantasma.	225
----------------------	-----

LVNA IN ORBEM INSINVATA

La habitación.	243
------------------------	-----

PLENILVNIVM

El sol.	261
-----------------	-----

EPÍLOGO

Estrellas.	277
--------------------	-----



LVNA CORNICVLARIS

El guardián

I

Abuelo ha desaparecido, han pasado tres días desde que lo vi por última vez. No recuerdo haber visto nada fuera de lo usual antes de su desaparición. Tomamos té, él se fue a su cama y por la mañana no lo hallé. Lo busqué por todo el taller, la villa, los caminos, pero no había rastro suyo.

Pensé que Sagitario podría ayudarme a hallarlo, pero el sueño de ayer, por primera vez desde que se me apareció, era diferente. Pues detrás de su rostro, no estaba su constelación, sino una menor llamada Norma.

Sagitario siempre me da la respuesta a lo que necesito. No explícitamente, porque nunca recuerdo de lo que hablamos, ni siquiera el sonido de su voz —ni la mía, por supuesto—, pero encuentro respuestas al abrir los ojos, como si le dictase a mi alma qué hacer. Pero estos días la mansión está verdaderamente vacía. Ni en sueños encuentro respuestas.

Han pasado dos noches y le imploro que me ayude, pero no. Abuelo sigue desaparecido.

Me siento en la cama, mirando al vacío. Y, sin querer, lo hago de nuevo: invoco la libreta que está al otro lado de la cama hasta mi mano, esta se acerca a mí, respondiendo a mi llamado silencioso. Tomo la pluma de la mesa de noche y, en una página en blanco, escribo:

?

Mi mente a veces hace eso. Puedo hacer que las cosas se muevan, puedo abrir puertas sin tocarlas. Pero abuelo me tiene prohibido hacer ese tipo de cosas. Dice que no es normal, que me condenarían por bruja, a pesar de que ya se abolió la persecución de la brujería tanto aquí como en tierra continental.

De todos modos, ya soy lo bastante extraña como para necesitar algo más que me distancie del mundo de afuera.

La libreta normalmente está a mi alcance, pero necesito escribir antes de poder moverme, como si eso ayudase a disipar la niebla que traigo encima. A veces, cuando extraño comunicarme sin señas, escribo una o dos palabras, solo para mí.

Nuevamente, intento encontrar huella de sus pasos, así que me levanto, me lavo la cara y me dirijo al observatorio, donde me enseñó a leer las estrellas. Paso mi vista por encima de los mapas de las islas, pero es imposible que haya siquiera dejado la mansión —sus piernas no marchan tanto como antes—. Al pasar la palma de mi mano sobre los mapas para alisarlos, mis dedos encuentran su pipa.

Intento, con todas mis fuerzas, no estallar en llanto. Solo tres días y ya siento la desesperación destruyendo cada una de mis terminaciones nerviosas. Pero me sacudo, trago lágrimas y me concentro en los mapas de nuevo.

Antes de que pueda seguir, la puerta se abre. Es Umbra, quien se apresura a detener la puerta con sus caderas y asoma una bandeja con guiso.

—La escuché subiendo las escaleras, señorita Sagan —me dice, casi regañándome—. No tiene caso, es aún muy de mañana. Pero no quería dejarla desgastarse, así que le traje algo.

Me volteo hacia ella y le sonrío, como si nada hubiese pasado, e inclino la cabeza para agradecerle.

Ella deja la bandeja sobre uno de los muebles y se sacude las manos en el delantal, pero no aparta la mirada de mí.

—Señorita... —se lamenta, encogiéndose de hombros— solo acudamos al palacio virreinal. Ellos sabrán ayudarnos. Su abuelo puede estar verdaderamente extraviado y ya es un anciano.

Le gesticulo que no. Mi padre, aquel prestigioso científico a quien no he visto en tanto tiempo, ya que su trabajo lo confinó al sótano de la villa, siempre le dejó claras instrucciones a Umbra de no acudir nunca al palacio virreinal. Mencionó que no ven con buen ojo a su escuela de ciencia —y asumo que tampoco me verían bien a mí, para esa gracia—. Así que le niego con mis manos, una vez más.

Quizás el gesto es muy fuerte o mi ceño es demasiado fruncido, porque Umbra, una vez que lo produzco, deja quieta su lengua con amabilidad.

Umbra, aunque conoce muy poco la lengua de señas, conoce muy bien mis gestos.

—Bien, señorita Sagan. ¿Está segura de que desea que me vaya?

No es necesario que esté aquí mientras abuelo está desaparecido. No necesito que me cuiden. Me señalo el pecho con el dedo, lo presiono cruzado sobre él y abro mi mano como si fuese una flor para decirle que todo está en orden, y la despido. Esa seña ya se la ha memorizado.

Uno de los más grandes problemas de ser muda es que te acostumbras a gritar por dentro y no tener exactamente cómo ventilarlo. Sientes que hierves como una caldera. Especialmente cuando se es tan terca.

No recuerdo exactamente cuándo perdí el habla, pero dicen que fue de pronto. Yo no tengo recuerdos de tener voz y el haber estado confinada a la villa no me hizo las cosas más fáciles, pero abuelo y Umbra siempre me hablaron con naturalidad. Es una suerte que seamos originarios de Despina, aquí en la talasocracia estas

cosas se manejan distintas al continente, donde me hubiesen mandado al loquero sin chistar. Abuelo fue quien me enseñó el alfabeto manual, eso sí lo recuerdo.

Me como el guiso con el llanto pegado a la garganta. Umbra ya se ha retirado y me ha dejado en el observatorio, con todos los catalejos, mapas lunares y astrolabios como compañía. Nunca necesité mucho para complementarme. Abuelo y la educación que me proveyó secretamente son suficientes. Sin jamás censurarme de ningún conocimiento, abuelo me dejó experimentar con alquimia, astronomía, aritmética y demás. Todo, excepto claro, lo que puedo hacer a escondidas.

He llegado a la conclusión de que es algún tipo de magia que corre por mis venas, no tiene otra explicación. Recuerdo la primera vez que me encontré a mí misma haciendo levitar mis muñecas de porcelana en el aire y abuelo me descubrió. Por poco le dio un infarto y me dijo que jamás lo hiciese de nuevo. Era demasiado peligroso.

La brujería no es realmente tan perseguida por el palacio virreinal como lo era antes, han aprendido a necesitar mucho de ella, pero no es bien vista, sobre todo cuando se es hija de uno de los científicos más afamados de la talasocracia.

No es lo único que mantengo oculto. Abuelo comenzó a enseñarme las vías de la alquimia desde que tengo memoria, a espaldas de mi padre. Los polímatas modernos no la ven con mucha afición.

Por esa razón, entre otras más evidentes, permanezco la mayoría de mi tiempo escondida en la villa. Honestamente, si mi padre llegase a salir de los sótanos y descubriese lo que hago, no sé si me dirigiría la palabra de nuevo. No por displicencia ante la brujería o la alquimia, sino porque, sinceramente, ya no recuerdo su personalidad. O su tolerancia.

Unos cuantos golpes en la puerta de abajo por poco hacen que deje caer la cuchara. Termino mi bocado levantándome y quitándome las migajas. Bajo corriendo las escaleras de la entrada, antes cerrando con llave el observatorio. No recibimos muchas visitas, así que puede ser algún negocio de mi padre del que Umbra tiene que encargarse. Pero, por alguna razón, no la llamo de vuelta.

Siento que es para mí. Nunca tengo visitas, no salgo al pueblo muy seguido por mi “condición”. Pero no dejo que esto me detenga y abro la puerta.

Ante la visión de tan inesperado visitante, mi mente dibuja solo una palabra: Sagitario.

Él se ríe, mirándome como si me conociese de años, como si recordara mis sueños.

—Estoy seguro de que te parezco familiar. Un placer, Sagan. Me llamo Helio.

II

Es exactamente como despertar de un sueño e intentar recordarlo. Sus facciones son borrosas, pero son exactamente como las soñé. Familiares, pero tan lejanas.

Me sonrío de nuevo.

Sus ojos son como dos zafiros en medio de un mar de arena y el cabello rubio le cae por los hombros, más largo que el mío. Viste con ropa de extranjero, como si viniese del sur, con un largo escote colorido y pendientes naranjas.

—Siento irrumpir de esta forma, Sagan. ¿Puedo pasar?

Le pregunto si puede entenderme.

—Oh, sí. Puedo. De hecho, aprendí el alfabeto manual durante uno de mis viajes fuera de la talasocracia, tenía un maestro sordo. En Rosaura, la isla de dónde vengo, lo llaman “arte mudo”.

Arte mudo. No me gusta como suena, pero no le doy importancia. Le pregunto que cómo me conoce, pero me interrumpo a mí misma, para dejarlo pasar.

Una vez en la villa, Helio se sienta en uno de los sofás. Me siento frente a él. Él no se detiene a inspeccionar la habitación, simplemente me acierta con su mirada.

—Lo siento, Sagan. De verdad, me disculpo por aparecer así. Bueno, ya sabes mi nombre. Y sé el tuyo. Nos conocemos porque desde hace mucho tiempo he tratado de comunicarme contigo. Verás, también soy una especie de... soy diferente, como tú —dice con un poco de pena, su piel dorada se sombrea de rosa—. Sé de brujería, en realidad.

¿Un brujo de verdad?

—No deberías estar tan sorprendida —dice sonriente—, tú sabes algo de eso también, más de lo que crees. No creo que hubiésemos podido comunicarnos si no lo supieses.

Sus ojos se alargan con suspicacia.

Creo entender lo que me insinúa. Y debo decir que, por alguna razón, no me sorprende del todo. Pero sigue siendo muy peligroso. Mi abuelo no puede enterarse de esto.

—De hecho —retoma Helio—, por eso estoy aquí. Soy un amigo del palacio virreinal; acuden a mí cuando necesitan ayuda.

Gesticulo qué tiene que ver eso conmigo. Soy apenas una aprendiz de la ciencia y la alquimia, y la clandestinidad de mi hechicería no es suficiente ni siquiera para encontrar a mi abuelo.

—Bueno, eres mejor de lo que crees. Y no solo tiene que ver con eso, es también... Tu padre. Verás, él trabajaba con el virrey, al menos lo hacía hace unos meses. Pero no pudo terminar el trabajo. Ha desaparecido.

¿Mi padre desapareció también? Helio ha dicho que mi padre trabajaba con el palacio virreinal, pero no puede ser posible.

—Pensaron que tú podrías ayudarlos a terminar su trabajo. Eres una buena científica, dicen.

El virrey no puede necesitar me. Nadie me ha visto trabajar con ciencia excepto el abuelo. Y en caso de que yo fuese lo que él dice, la ciencia y la hechicería no son bien vistas juntas.

Desde que terminé mis días en la academia he estado aquí. Después de completar la academia, las señoritas del archipiélago que cumplen

la mayoría de edad pueden optar por ir a otra de las islas y conseguir un buen puesto o un buen marido; la primera opción no existe en el continente, donde ni siquiera hay academias para mujeres. Yo decidí quedarme en mi villa, primeramente, porque sé que no podría tener mejor educación que aquí, con mi abuelo, y de esa forma podría cuidarlo —y porque tampoco se me dan muy bien las multitudes—. Mi educación ha sido en secreto toda mi vida.

Helio no puede saber cuánto sé. No es posible. Aunque sea un brujo, no puede saber todo acerca de mí.

Le gesticulo que es mejor que se vaya. Y, de paso, le digo que yo no soy ninguna bruja.

Él permanece quieto, un poco decepcionado, hasta que asiente y se levanta.

—Sí, por supuesto. Eres libre de negarte. El virrey deberá encontrar otros científicos, ojalá alguno sea la mitad de brillante de lo que tú eres.

Me sonrío. Por un instante, me apena haberme negado tan rápido, pero no puedo simplemente ir al palacio del virrey mientras abuelo está desaparecido. Helio se aproxima a la puerta, se acomoda su túnica y reverencia.

Antes de irse, sus ojos de zafiro me aciertan, una última vez.

—Sagan, la ruta que sigues es peligrosa. Pero, por favor, recuerda que quiero ayudarte. Piensa en mí como tu guardián, solo llámame si necesitas ayuda. Sabes cómo, solo duerme.

Un suspiro me inunda, pero permanezco inmutada. Le abro la puerta y la cierro tras él.

Una vez cerrada, me apresuro de nuevo al observatorio. Escondo cada una de las herramientas alquímicas que tengo. Todas las hierbas, toda la tiza, el alambique y los morteros. Solo dejo encima los catalejos y astrolabios, en caso de que alguno de los hombres del virrey decida dar otra visita.

Pero hay algo que no puedo guardar: una vez más, tomo entre mis manos la pipa de abuelo.

No soy lo suficientemente fuerte como para encontrarlo. Pero Helio... es un brujo entrenado, ¿no? Me guardo la pipa en el vestido. No hará daño ver qué clase de trato me proponen, al menos. Puedo ayudar al virrey, pero con ciertas condiciones.

Salgo por la puerta de la villa, en pos de algún rastro de Helio. No me toma demasiado tiempo encontrarlo, no es realmente alguien que pase desapercibido. Está justo en la entrada principal, acaba de salir.

Oye mis pasos y voltea.

—Sagan, ¿qué...? Sí, dime. Haría lo que fuera para ayudarte.

Asiento y le explico.

—Siento mucho saber acerca de la desaparición de tu abuelo —dice con una expresión sincera—. Prometo ayudarte en lo que pueda... ¿Una condición? Ah, tiene sentido... Así que, si en tres días no tengo algún progreso con su paradero, te irás del palacio.

Vuelvo a asentir.

Helio ladea la cabeza, con suavidad.

—Sagan... No tienes que poner condiciones para conseguir mi ayuda. Puedes confiar en mí, aunque no confíes en el virrey ni en su corte. Te escucharé. Y te prometo que hallaremos a tu abuelo. Pero primero, tenemos que ir al palacio virreinal, allí tendremos acceso a otros brujos de la corte.

Antes de que se vaya, lo tomo por su abrigo, frenando su paso. Le digo que no tengo que esperar, debo ir al palacio inmediatamente para verificar que esto no sea ningún atraco. Si el trato me place, entonces es mejor ir ya, si eso ayuda a acelerar la búsqueda de mi abuelo.

Él, sorprendido al principio, accede, con el rubor de nuevo tiñendo sus mejillas.

Con las manos vacías, salgo tras Helio, quien me conduce a su transporte.

—No es un carruaje, pero espero que estés cómoda.

Es un caballo enorme, un purasangre, hace mucho tiempo que no los traen a la isla. Me dice que se llama Cástor. El animal ni siquiera advierte mi presencia, lo cual me alivia. No soy muy buena con los animales. Helio me ayuda a subir a la bestia.

—No temas —me dice Helio—, no te caerás.

Cástor trota al triple de velocidad que cualquier carruaje. A este paso, llegaremos más rápido de lo esperado al palacio virreinal, pero eso no me da mucho tiempo para formular preguntas para Helio. Y mi predicción es certera. El palacio está más cerca de lo esperado ante nosotros.

La gran reja dorada se extiende sobre una sola isla en la cual se alza la estructura colorida, bañada por el arcoíris.

Cuando bajamos, ni siquiera lo cuestionan los guardias. Helio me ayuda a bajar y Cástor desaparece rápido entre los jardines que circundan el palacio.

—Asumo que tienes preguntas, Sagan —me dice, aún asistiéndome para bajar—. Está bien, puedes preguntar.

Le respondo que nada es más extraño que el hecho de que conozca mis formas de actuar.

Helio baja la mirada y hace una pausa antes de responder.

—Siento si te hace sentir incómoda. Pero te conozco desde hace mucho tiempo. Tu madre me encomendó cuidarte.

¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto? Ni siquiera la recuerdo mucho. Es más, cuando abuelo la menciona, es como si su recuerdo estuviese lleno de humo para mí. Murió cuando yo era muy pequeña, antes de poder memorizar su rostro.

Más importante... Si Helio la conocía, ¿significa que ella también era bruja?

Al caminar, no puedo esconder el pasmo. Helio lo nota y añade, con un guiño:

—Sí, la conocí. Es otra historia para otro día.

“Las estrellas te estarán cuidando”, dice el único memento que mi madre me dejó. Y a él siempre lo vi entre ellas. Es demasiado críptico y no parece tener mucha libertad para responder todas mis preguntas. Así que las reservo para cuando los guardias no nos estén escoltando al corazón de la corte.

No tengo miedo de la corte ni del virrey ni de nada parecido. Pero el tiempo me presiona. No sé verdaderamente en qué clase de lío puede estar mi abuelo, o si está herido. Tengo que apresurarme a sopesar cualquier trato con el virrey.

Al entrar al salón, después de cruzar mil y un estancias, veo un grupo grande de hombres y mujeres, vestidos con bellos trajes, discutiendo como si fuese un carnaval. Los grupos grandes me cohíben y hacen que me paralice por completo. Intento que nadie lo note.

Erigiéndose sobre una plataforma escalonada, está el virrey. Lo conozco por los afiches del pueblo y por la descripción. Tiene la cara quemada, hay muchas teorías que intentan explicar el porqué. A decir verdad, eso es lo único que lo resalta del resto de los nobles.

—¡Por favor, señores! —Interrumpe el virrey, extendiendo una mano al aire—. Las acomodaciones de los laboratorios están ya hechas, los sirvientes les ayudarán con el equipo... ¡Ah, pero si no es la científica más joven! —dice con súbitos ojos brillosos sobre mí—. Sagan, por favor, acércate.

Mi nombre en boca del virrey me estremece y, pronto, las cabezas giran hacia mí. Conforme camino hacia él, los cuchicheos se hacen claros y escucho decir la frase: “los rumores son verdaderos”.

Asumo que se refieren al rumor acerca de mi aspecto: la hija del científico, dicen, parece un experimento en sí, por su cabello tan blanco y sus ojos rojizos. De niña, las otras aprendices me catalogaban de “ratón de laboratorio” por estos colores. Mi abuelo me repetía que no las escuchase, que mi cabello era de rayos de luna, y mis ojos, las oscuras granadinas de las exóticas tierras del este. Pero en la talasocracia no está bien visto ser como yo, pues dicen que porto el color de los fantasmas.

Camino dos pasos frente al virrey. Él me sonríe.

—Señorita Sagan, estoy muy feliz de contar con su presencia. La esperábamos más tarde, pero no hay problema —el virrey se acomoda en su silla y me mira de pies a cabeza—. Ah, pero qué bella...

Los ojos de la multitud se posan en el virrey, casi que con ira. No tienen clemencia ni para con su propio soberano, pues el escrúpulo lo pasaron fácilmente de mí a él.

El virrey rectifica, con leve tartamudeo:

—Digo... qué visión tan particular es usted. Oh, no se preocupe, tengo mi traductora aquí mismo. Créssida, por favor. Ah, y que escolten a los otros científicos a sus habitaciones. Helio, tú puedes quedarte. Gracias por traerla.

La mujer, Créssida, lo espera debajo de la columna al bajar. Viéndola de cerca, detrás de todos sus velos palaciales, se ve que es solo una chica, quizás unos cuantos años mayor que yo. Tiene facciones muy hermosas, una nariz larga y labios delicados, su piel es pálida, pero su ondulado cabello color durazno le inyecta fulgurante vitalidad a su rostro lánguido.

Mientras el virrey baja, ella se acerca a mí con discreción. Inmediatamente, percibo un débil olor a lejía y azafrán que se despiden de las ondas de su cabello. La lejía se usa para aclarar el cabello, pero a largo plazo resulta ser muy dañina. Solo espero que esta joven sea consciente de ello.

—Un placer conocerte, hechicera.

Al decir esto, agrando los ojos con terror. Ella me hace un guiño.

—No te preocupes, Helio me ha hablado mucho de ti. Me llamo Créssida, soy tu amiga aquí. No diré nada, lo prometo.

Créssida se aparta de mí tan pronto el virrey aparece. Este suelta una risa jocosa.

—Bueno, veo que las muchachas se están conociendo. Sagan, esta es la concejala más joven de toda la talasocracia. Créssida del Comando Blanco.

El Comando Blanco es el más respetado de todos los distritos de la talasocracia de Despina por sus universidades. De ahí salen casi

todos los concejeros del virrey. No me extraña, entonces, que esta muchacha sea un prodigio salido de ahí.

—Y tú, Sagan del Comando Azul —retoma el virrey—, debes estar muy confundida, ¿no? No te preocupes, la concejala es muy hábil en alfabetos manuales, puedes hablar.

Aún pasmada, le digo a Créssida que todavía no comprendo qué clase de servicios les puedo prestar.

Ella traduce y el virrey sonríe.

—Por supuesto. Bueno, Sagan, debo empezar por decir que no eras nuestra primera opción —dice el virrey bajando el rostro—. Con esto me refiero a que, hace unos meses, trabajábamos con tu padre. Pero una tragedia ocurrió.

Un nudo se enlazó en mi garganta. ¿Una tragedia?

—Hubo un incendio —continúa él—, no te preocupes, tenemos confirmación de que tu padre está vivo, lo vieron huyendo de lo que provocó el incendio. Y a uno de sus empleados lo vieron huir con propiedad hurtada del palacio. Suponemos que el incendio del laboratorio fue provocado por el ladrón para cubrir sus huellas. Tenía pocas personas trabajando para él, pero los escasos testigos son fugitivos ahora. Así que, aquí viene tu primera tarea: ¿sabes dónde está tu padre?

El hecho de que hubiese un incendio en mi propia villa, cerca de mi propia casa, me es inconcebible. Probablemente, le voy a ser de mucha menos ayuda al virrey de lo que él esperaría.

Me vuelvo a Helio primero, quien no ha apartado sus ojos azules de la escena, luego a Créssida, a quienes les explico.

Créssida me mira con atención hasta que carraspea y se voltea al virrey.

—La señorita Sagan afirma que no ha visto a su padre en años, pues ha estado confinado a los laboratorios de su villa, o eso pensaba. Dice que vio parte de su villa siendo atendida por los sirvientes, pero los científicos que trabajaban con su padre afirmaron que había sido un pequeño fallo en un experimento.

—Sí, sí —dice el virrey—. Su laboratorio, tu villa, está conectada al palacio virreinal. La investigamos de pies a cabeza, pero no había rastro ni de heridos ni de la fórmula Copérnico... Ah sí, el elixir, tu segunda tarea. Verás, necesitábamos a tu padre para elaborar una medicina muy particular. Mi hijo, el príncipe, está enfermo. Tu padre accedió a buscar una fórmula si le dábamos el equipo necesario. Él la llamó la fórmula Copérnico; estaba casi completa, pero ocurrió la tragedia y todo quedó perdido.

Es extraño, mi padre no es un científico normal: es un astrónomo, un cazador de estrellas. Si bien siempre ha sido reputado por ser un polímata, la medicina nunca fue un campo que lo interesase mucho, de lo que yo recuerde. No tiene sentido que fabricase un elixir.

—Pero Helio nos dijo que tenía una hija, una aprendiz de la ciencia. Eso sería mucho decir. No tengo ni la mitad de los conocimientos de medicina de mi padre, pero abuelo me enseñó, al menos, a sanar con la transmutación alquímica.

Créssida me pide mi respuesta, y ella habla:

—Sagan dice que su conocimiento de la ciencia es más orientado al plano cósmico. Pero que tiene conocimientos de alquimia y puede ayudar.

—¡Genial! Oh, qué maravilla. Empezarás justo donde quedó tu padre. Y te prometemos hallarlo mientras tú trabajas.

Le hago una seña a Créssida, ella se vuelve ante el virrey y repite:

—¿Síntomas?

—Ah sí —el virrey se rasca la cabeza—; empezó con fiebres, dolores de cabeza y llagas en la boca y en... otros lugares. Pero no te enfoques en ellos, solo sigue la fórmula Copérnico que quedó escrita en el libro de tu padre. Él estaba trabajando en una cura más sublime, digamos. Un elixir. El príncipe tiene otros males además de esa enfermedad. Así que no te concentres en los síntomas, solo sigue el libro.

Por su descripción, esos síntomas pueden ser de varias enfermedades distintas. Y yo no soy ninguna experta. No sé siquiera si examinando de cerca al pequeño príncipe pueda determinar lo que es. Pero por lo visto, mi padre ya tenía todo planeado.

Miro a Helio de reojo. Él me dice con la mano que aguarde. Yo, entonces, accedo. Encontrar tanto a mi abuelo como a mi padre es un trato al que no me puedo negar. Le señalo a Créssida que no traduzca lo que sigue; entonces, les pregunto a ella y a Helio qué fue lo que el ladrón robó de mi padre. Pero ninguno de los dos pudo responderme.

III

Créssida me explica que el virrey ha convocado a todos los científicos, alquimistas —y a algunos brujos— de la isla para terminar el trabajo del doctor Alexandre, mi padre. Pero ninguno ha descifrado los planos que dejó listos para la creación de la fórmula Copérnico. Por eso, me necesitan. Piensan que quizá yo, su hija, pueda comprenderlo.

Lo que ignoran es que mi padre desapareció de mi vista hace mucho tiempo. A veces, en cama, solo oía sus pisadas de arriba abajo en los sótanos, pero nunca salía. Incluso empecé a olvidar sus facciones —nunca se ha dejado retratar— y los sirvientes del virrey probablemente están más familiarizados con él de lo que yo podría estar. Siempre ha sido reservado y repudia las prácticas de la tierra continental, pues reverencian a deidades. Aquí en la talasocracia no se reverencia a nada más que los mares que nos rodean, esperando que no nos caiga encima un maremoto enrabiado. El mar y el cielo son un solo y único dictador para los isleños.

Mientras caminamos por el corredor, Créssida me advierte:

—El virrey no es muy perspicaz, para él todo es ciencia o hechicería. ¿Con cuál trabajas más?

Pensé en lo que Helio me dijo por la mañana, acerca de mi brujería. Pero no tengo conocimientos en profundidad, más que conjurar unas cuantas levitaciones y destrabar puertas, quizá.

Le digo a Créssida que mis conocimientos de ciencia son lo único que van a servirnos.

—Eso es bueno, pero no te limites si necesitas usar brujería, aquí no juzgamos. El virrey va a enloquecer si no encuentra su elixir... o al ladrón. Para esa gracia.

Le pregunto qué clase de remedio es la fórmula Copérnico, ya que el virrey no tiene mucho interés en que yo cree algo nuevo, ni siquiera me mandó a examinar al príncipe.

Ella sonríe con malicia.

—Dicen que es una cura enviada del cielo para sanar lo que sea —responde ella—. Pero si le preguntas a los sirvientes, te dirán que creen que el hijo del virrey no camina, porque nunca se oyen pisadas en el cuarto del bebé. Tampoco llora. Nació hace un año y nadie lo ha oído. Pero tú eres la inteligente, lo sabrás cuando veas los apuntes.

No comprendo. ¿Me mandan a terminar un trabajo que nadie sabe qué es? ¿Una cura enviada del cielo?

—No te preocupes, las cosas van a ordenarse pronto.

Me agrada Créssida, pero pienso que es mejor reservar las preguntas para Helio. Ella me conduce a mis doncellas y se despide de mí, y estas me llevan a mis aposentos.

Si bien en la villa vivimos cómodamente, eso no se asemeja en nada al palacio del virrey. Mi habitación tiene una cama enorme, con velos de detalle marítimo, también un balcón que da hacia la vista de las islas. Y espejos por toda el ala este.

Hasta ese momento, me doy cuenta de que me presenté ante el virrey en uno de mis peores días. Mi vestido es el mismo que uso para hacer alquimia, por lo tanto, está manchado y el azul naval de

este aparece desteñado. Mi cabello no se presta para ser desastroso, lo mantengo por la barbilla para que no me moleste mucho, pero ni siquiera pude atármelo antes de conocer a Helio. Cuando no duermo, el rojo de mi iris se destaca por las venas palpitantes. Y no he podido dormir sin tener pesadillas desde que abuelo desapareció.

Aun así, no puedo echarme a dormir. Me cambio el vestido por uno de los que dejaron en mi cuarto, uno púrpura, y dejo el viejo sobre la cama.

Inmediatamente, mis doncellas insisten en darme un pequeño recorrido por el palacio. Me indican las alas, los pisos, aunque solo entramos a unos cuartos principales de mi utilidad, como la biblioteca, el laboratorio, el jardín botánico –donde tienen las plantas medicinales más cotizadas de la talasocracia– y los salones de banquetes, para aparecerme cuando tenga hambre o cuando me convoque el virrey.

Justo arriba del ala del té, señalan que se encuentra el aposento del pequeño príncipe. Pregunto por la virreina, pero me dicen que era una princesa extranjera que murió en el parto, poco después de la boda con el virrey.

Al igual que Créssida, no oigo nada ahí arriba.

Busco a Helio con la vista por todos los rincones, pero parece que desapareció justo después de la reunión con el virrey. Intento escaparme de mis doncellas con la excusa de que necesito trabajar, y me concentro en buscarlo. Me perdí una o dos veces en el laberinto del jardín botánico, hasta que cayó el atardecer y el virrey llamó a cenar.

Discutimos un poco más acerca de la realización de la fórmula Copérnico para su hijo. Me repite que no me concentre mucho en darle vueltas a la enfermedad, sino en descifrar los pasos que mi padre dejó escritos. Le pido permiso para visitar al príncipe, con el fin de ver qué puedo hacer por él. Sin embargo, dice que no es necesario.

Según el virrey, todo estaba listo para funcionar, si no hubiese sido por el incendio.

—Dime, ¿alguna vez le has pedido a tu padre una cura para tu problema? —me pregunta, señalándose repetidamente los labios.

Ha ignorado por completo la poca familiaridad que le he repetido que tengo con mi padre. Le respondo que no; Créssida es más amable que yo al traducir mi respuesta. No tiene caso seguir buscando a Helio hoy, así que después de cenar, aunque estoy muy cansada, no voy a mi habitación, me voy al laboratorio. El libro de mi padre ha sido cuidadosamente puesto sobre la mesa. Intento descifrar los garabatos, pero ni siquiera reconozco su letra. No importa. Debo descifrarlo, Helio dijo que el palacio virreinal podría ayudarme a encontrar a mi abuelo, pero si no sirvo, sin duda buscarán a alguien más.

Paso toda la madrugada recreando los pasos que mi padre planteó en la fórmula Copérnico, pero llega un punto en que me resultan tan extraños que no puedo seguir. Es como si hubiese roto la continuidad de la fórmula y hubiese comenzado a garabatear sobre algo distinto.

El palacio está dormido y callado. Pero una de las ventajas del mutismo es que aprendes a escuchar a la fuerza, y a escuchar mucho.

Oigo pasos en el cuarto del príncipe.

No puedo evitar seguir el ruido, tengo que ver al príncipe para averiguar qué es lo que padece y, de esta forma, comprender qué estaba fabricando mi padre. No puede ser una cura universal, como dijo Créssida. Eso es algo descartado ya por la alquimia, al menos por la alquimia que abuelo me enseñó. Así que me aseguro de que no haya nadie y sigo los pasos. Son sigilosos, quizá casi imperceptibles para un hablante.

Llego al cuarto del hijo del virrey. Incluso si intentara abrir la puerta, las doncellas o Créssida podrían oír. Así que, como numerosas veces he practicado, conjuro un pequeño destranque en la puerta y me introduzco con igual sigilo que el ocupante de la habitación.

No veo nada que se asemeje a la habitación de un bebé. Ni siquiera parecido a una habitación. Es una extensión de la biblioteca, un salón secreto, por lo que puedo ver del tipo de puerta. Reforzada, hierro negro.

Los pasos están cerca, así que me escondo entre los libreros, hasta alcanzar a ver una figura larga, encapuchada en penumbra.

Está revisando libros, los toma, pasa páginas y se los guarda entre su abrigo. Pero, pronto, supongo que se siente observado, porque mira hacia atrás. Antes de que me tome a mí por sorpresa, decido asomarme y darle la sorpresa a él. Después de todo, los dos estamos irrumpiendo en la “habitación del príncipe”.

—Créss, no tengo ánimo para sermones... —dice, antes de hacerme completamente visible ante él.

Es un hombre y claramente esperaba ver a alguien más. Tiene un porte fuerte y elegante, pero parece un viajero, porque viste con ajustada ropa de invierno negra hasta el cuello. Me mira con sorpresa, abriendo bien un par de ojos grises como la niebla ante mí. Pero se sacude rápidamente el pasmo y esboza una gran y sardónica sonrisa.

—Bueno, tú no eres Créssida, o lo eres y el tiempo te ha tratado muy bien.

IV

—De acuerdo, de acuerdo. Me atrapaste —levanta sus manos a la altura de su cabeza, dejando caer los libros a sus pies, pero con una sonrisa vencedora—. No era necesario que el virrey mandara a su espía más encantadora a arrestarme. Mucho menos una que parezca que cayó del cielo. O hizo algo que ameritó que la expulsaran de ahí. Pero está bien, esta será una buena tortura. La mejor que he tenido en años.

Niego con la cabeza, pasmada. Alzo la mano, para explicarle con señas que no soy una espía.

Él alza una ceja.

—¿Te comió la lengua el gato?

A punto de continuar a explicarme, la furia se me sube a la cabeza. Mi mirada habla sola, por lo que veo en su reaccionar.

—Oh... No puedes hablar —la sonrisa se le cae, al igual que la mirada. Traga saliva—. Yo... lo siento. No conozco el alfabeto de señas, no quería...

No parece un intruso, ya que mencionó a Créssida. De hecho, se parece mucho a ella: ojos grandes y tristes, mejillas hundidas, su nariz es más fuerte que la de Créssida y tiene el cabello sanguinariamente oscuro, pero la similitud es clara. Debe ser algún familiar.

—Bien —relaja de nuevo su expresión y esa sonrisa de malicia se vuelve a dibujar—. Adelante, puedes arrestarme, angelito. No me opondré.

Miro los libros que tiró al suelo. Química moderna, a pesar de que el librero dice “alquimia”. Entonces le echo otra mirada a la habitación. ¿Por qué habría un príncipe en ella?

—Ah, esos. Sí, estaba robando libros. No es el peor de mis crímenes... No vienes a arrestarme, ¿o sí? Vaya, desearía poder entenderte. Pareces ser una compañía exquisita. Ya que no tienes interés en encadenarme, quizá podrías ayudarme a buscar lo que necesito. Busco un libro de botánica. Era mío, hasta que lo escondieron aquí. Plantas medicinales del sur... ¿No eres del palacio tampoco, cierto? De acuerdo, de acuerdo —suspira y se cruza de brazos—. Al menos voy a presentarme, entonces. Soy el doctor Druyan, Cassio Druyan. A tu servicio.

Un doctor, un médico. Sí, ahora lo veo. El traje pertenece a uno de los distritos del norte, forrado y oscuro, y tiene guantes cubriéndole desde la mano hasta el antebrazo. Debe de saber algo, porque los libros son de medicina y química avanzada. A lo mejor sabe más que yo acerca de cómo terminar la fórmula Copérnico. Quizás, entonces, sí haya una manera que pueda encontrar para comunicarme con él.

Le digo con un dedo que aguarde un momento mientras busco entre la habitación algo que pueda servirme, ya que he dejado mi libreta en mi otro vestido. Hay un escritorio cerca de los estantes de la esquina. Camino hacia él, tomo prestado una página en blanco de un libro y la arranco. No encuentro pluma y tintero,

pero el doctor Druyan carraspea para llamar mi atención. Sostiene entre sus dedos un estilete de plomo negro y me lo ofrece cortésmente.

Acepto el estilete y, de seguido, escribo rápidamente en la hoja, remitiéndosela al terminar.

La hoja dice lo siguiente:

Sagan.

El doctor no parece muy seguro de haber leído bien.

—¿Qué quiere decir...? —Parpadea como para limpiarse la vista, luego lee en voz alta—. “Sagan”... Espera, ¿es tu nombre?

Asiento con la cabeza.

—Sagan. Hermoso y bastante inusual —dice con complacencia—. Así que no eres ninguna espía, Sagan. Eres tan forastera como yo aquí, adivinaría.

Orgullosa de mi primer rápido intento para comunicarme con un no conocedor del “arte mudo” —el término es pegajoso— tomo de nuevo la hoja de entre sus manos y la apoyo en el dorso de mi palma, para escribir con una caligrafía menos certera de la usual:

¿Dónde está el príncipe?

Druyan lee las palabras inclinando la cabeza sobre mí, creando una sombra encima de mi presuroso garabato.

—“... príncipe”. ¿Príncipe? Querida, el único príncipe en esta habitación es el de las novelas de caballería —dice, cruzándose nuevamente de brazos con propiedad—. Si buscas al heredero, es mejor que te detenga yo justo aquí antes de que gastes energía. Murió antes de dar su primer respiro. Ahora, dime, ¿qué hace un pequeño ángel como tú en el palacio del virrey?

En otra esquina de la hoja, estrujo el tamaño de mis letras para escribir lo siguiente:

*¿Qué hace un ladrón de libros
en la habitación del príncipe muerto?*

Para reafirmar mi confrontación, levanto la hoja como si fuese un letrero y se la pongo enfrente.

—Ajá —él, con los ojos en la hoja, suelta una grave y lenta carcajada—. Supongo que ambos tenemos muchas preguntas. Pero se hace tarde, no puedo arriesgar a que me atrapen dos veces en una misma noche y supongo que una segunda vez no será tan placentera como esta.

Me guiña el ojo, toma algunos de los libros que dejó en el suelo y se encamina a la ventana.

—Espero verte por ahí, angelito.

Y, desde el borde de la cornisa, se lanza.

Corro hacia él, para ver qué tipo de artimaña hizo para no caer desnucado. Pero por lo que veo, ni siquiera cayó.

En medio de la ciudad, veo unas grandes alas de papel extendiéndose por el manto oscuro de la noche. Un planeador. Lo tenía escondido en el balcón inferior, y se fue tan rápido como apareció.

Mi corazón late rápido. No puedo evitar limpiar el desastre que el doctor Druyan dejó, así que recojo uno por uno los libros que desechó en su intento por encontrar el de botánica. Dijo que el príncipe estaba muerto. Debe de saber más cosas que puedan ayudarme a conocer el verdadero propósito de la fórmula Copérnico.

Pero primero, debo hablar con Helio.

ACERCA DE LA AUTORA

Larissa Rú (San José, 1998) es autora de ficción, fantasía y terror. *Plenilunio* es su segunda obra de fantasía juvenil, donde explora un archipiélago lejano lleno de ocultismo, siniestros secretos familiares y retorcidos romances.

Su novela de ficción *Cómo sobrevivir a una tormenta extranjera* fue publicada por la Editorial UCR. Sus historias siguen usualmente a jóvenes protagonistas tenaces en mundos caóticos y extraños. Actualmente es estudiante de Historia del Arte y se dedica a escribir.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Sagan Ástor es una joven alquimista que ha permanecido encerrada toda su vida en su mansión. Debido a sus sospechosas habilidades de brujería, su inusual aspecto y su mudez, prefiere la soledad y se aísla para concentrarse en sus estudios de astronomía, medicina y ocultismo.

Su padre, el afamado doctor Alexandre, se ha sumergido en los laboratorios de la mansión, obsesionado por encontrar la cura para un misterioso mal, dejando a Sagan al cuidado exclusivo de su abuelo, quien la instruye en los caminos de la ciencia.

Sin embargo, una mañana, el abuelo de Sagan desaparece sin dejar rastro. Desesperada por encontrarlo, se deja reclutar por el virrey, quien a cambio de ayudarla a encontrar a su abuelo, le pide continuar el trabajo de su padre, también desaparecido meses atrás: la fórmula Copérnico.

Con la ayuda de un fugitivo y excéntrico médico de la peste, Sagan deberá buscar la manera de completar la fórmula de su padre y hallar así a su abuelo; pero acabar el elixir significa desenterrar un aterrador secreto familiar y una peligrosa verdad...

Una verdad que se oculta en las fases de la Luna.